

Crisis del modelo de pacto social

Fernando Conde

Sociólogo. Director de CIMOP

Elena Rodríguez San Julian

Socióloga. Jefa Departamento de Estudios e Investigación de la FAD

Se propone una reflexión acerca del papel que puede estar jugando el cambio de las condiciones socio-laborales en la configuración de algunos de los aspectos relacionados con la manera en que, tanto jóvenes como adultos, perciben el fenómeno de la marcha nocturna así como las maneras de afrontar los conflictos que se derivan de ella. Para ello se parte del análisis de algunos de esos cambios estructurales, especialmente los que tienen que ver con la inestabilidad en el acceso al trabajo. Las nuevas situaciones vivenciales resultan coherentes con la interpretación de ciertas pautas culturales: la incertidumbre respecto al diseño de proyectos personales y laborales a medio-largo plazo se presenta como una de las perspectivas posibles para abordar el afianzamiento de actitudes y valores ligados al presentismo, el individualismo, la competitividad, la irresponsabilización y la desconfianza como patrón de vínculo interpersonal.

Palabras clave: Condiciones socio-laborales, pacto social, proyecto de vida-proyecto laboral, incertidumbre, responsabilidad, valores, vínculos, tiempo.

En algunas de las percepciones sobre los distintos modos de articular "la fiesta", fundamentalmente desde los adultos pero no sólo, aparecen de forma recurrente referencias que se asocian a un análisis "problematizado" de los procesos de acomodación-integración-responsabilización de los jóvenes en nuestros contextos inmediatos.

Estas referencias conectan dos mundos, el del trabajo-integración y el de la marcha-consumos que, en la medida que se manifiestan así de parejos, es necesario tratar de articular analíticamente.

En una primera mirada esta vinculación suele llevar implícita la asimilación en el discurso de "justificaciones" o explicaciones relacionadas con una cierta "mala conciencia social" o en todo

caso un "desajuste de expectativas" respecto a los roles a desarrollar entre los diferentes agentes sociales, en un momento de cambio en muchos de los argumentos que han venido orientando las pautas de organización del conjunto social. Más allá de los elementos referidos estrictamente a las formas de diversión, en esa justificación (compartida con matices desde los distintos grupos) se traslucen, entre otros, elementos de carácter estructural a los que queremos dirigir una primera aproximación a partir de las reflexiones y el debate de la primera reunión. Evidentemente no es la única perspectiva ni debe servir para alimentar el discurso de la justificación o "coartadas". De lo que se trata es de hacer explícitos algunos referentes de las condiciones sociales en las que se desenvuelve el desarrollo vital del colectivo de jóvenes (lógicamente en sus

interacciones con el resto de los colectivos, especialmente los adultos implicados en dichos procesos de desarrollo) y avanzar algunas ideas sobre las razones de fondo que se ocultan detrás de la vinculación de los dos mundos citados.. Desde este punto de vista, además, a la vez que apuntar hacia algunos de estos elementos estructurales y sus cambios, se alude a algunas de las repercusiones que, al menos aparentemente, podrían traducirse en los discursos y las prácticas relacionadas con la estructuración del ocio desde las condiciones estructurales.

1. Algunos aspectos en transformación en la categoría social "joven" y los procesos de integración¹.

El término "Juventud" hace referencia a una etapa vital, como tal delimitada en el tiempo, que se basa en la transición y adaptación progresiva de los sujetos a una serie de características definitorias del "ser adulto".

El horizonte de este período de transición se sitúa en la consecución de una serie de objetivos, que se dan por supuestos para configurarse como adulto social. Estos objetivos² deben integrar necesariamente, y al mismo tiempo, tanto los elementos relacionados con el desarrollo de la autonomía personal (capacidad de toma de decisiones sobre sí mismo) como aquellos otros que tienen que ver con el manejo autónomo de los recursos de subsistencia (independencia económica, constitución de un hogar).

Esta definición de juventud, implica un proceso (teóricamente coherente) en el que el desarrollo de los aspectos biológicos, psíquicos y sociales van parejos, en un itinerario que conjunta la capacidad de asumir responsabilidades con las oportunidades formales para que dicha asunción sea efectiva, especialmente en el ámbito laboral y

familiar. De alguna manera esta concepción se asienta en los procesos seguidos por las generaciones precedentes, para las que era válida la experiencia de concatenación de una serie de pasos que, seguidos de forma ordenada producen unos resultados razonablemente satisfactorios, y relativamente previsibles; de tal manera que, por ejemplo, tras un proceso de formación orientado en base a elecciones sucesivas, se perfila un proyecto vital sostenido en un empleo-oficio; la profesión (en el nivel que sea) refiere a la puesta en práctica de los aprendizajes recibidos y, en la medida que permite el sostenimiento material de la persona y se concibe como un hito de permanencia, implica en gran medida lo que será el desarrollo del proyecto de vida a largo plazo (de alguna manera el propio "ser" social).

A pesar de la simplificación evidente del proceso³, se puede retomar en este planteamiento un perfil de acuerdo o pacto social básico que delimita las expectativas en las que se manejan los distintos actores sociales, especialmente unas generaciones frente a otras: la sociedad adulta ofrece unas estructuras de integración que requieren de los jóvenes aspirantes⁴ esfuerzo, fundamentalmente formativo; el proceso, grosso modo, se diseñaría de tal manera que, a través de ese esfuerzo como inversión de futuro, tendrían "garantizado" un espacio social que, desde la ocupación de un puesto de trabajo -que implica materialización del oficio-, permite el paso a la emancipación como adultos y remite a la participación total en el conjunto de estructuras socio-culturales.

En este sentido, se definen y consolidan los proyectos de vida, de unos sujetos sociales, con derechos específicos, que van alcanzando a partir de la integración laboral un cierto grado de integración correlativa en el resto de los objetivos sociales (participación...).

1 Para la elaboración del texto seguimos la línea de análisis propuesta en Conde, F. (2000) "Los hijos de la des-regulación. Jóvenes, usos y abusos en los consumos de drogas" Crefat, Madrid.

2 Zarraga (1985), citado en Conde, F. Op.cit.

3 Ver en Alonso, L.E. (1999) un análisis pormenorizado de la evolución de los modelos, desde la perspectiva de la ciudadanía vinculada a la estructuración socio-política de los mercados de trabajo.

4 Lógicamente también al resto de los ciudadanos, pero en términos generales serían los jóvenes por definición los que se representarían de forma característica en este proceso.

Sin embargo a partir de un cierto momento, todavía difuso, esta conceptualización del pacto social se rompe, en la medida que el modelo del mercado de trabajo evoluciona hacia formas que no permiten garantizar el cumplimiento de esos pasos ordenados, al menos en los siguientes aspectos:

- La posibilidad del "contrato fijo", como referencia laboral básica, desaparece: independientemente de la modalidad contractual concreta, y especialmente con las fórmulas ágiles de contratación-despido, no existe la garantía de la permanencia en el puesto de trabajo como estabilidad de por vida. Frente a la estabilidad, el mercado de trabajo se caracteriza por la eventualidad.
- "Nada a largo plazo"⁵, como eslógan que define la versatilidad de la oferta empresarial. El concepto de empresa tradicional se modifica y requiere para su propia existencia de la innovación y transformación permanentes, tanto de las oferta de productos como de los sistemas de producción-distribución. El planteamiento tradicional de aprendizaje del oficio deja de servir como referente, en primer lugar porque los conocimientos se desfasan con mucha más velocidad, pero sobre todo porque el propio concepto de oficio definido deja de ser relevante en un contexto que puede exigir en cualquier momento el cambio absoluto en el tipo de actividad, para acomodarse a los requerimientos de la permanente innovación de la empresa.
- El empleo se convierte, especialmente para los más jóvenes, en multiactividad inestable y versátil, en una sucesión de trabajos esporádicos, sin vinculación alguna entre ellos y, por tanto, sin coherencia para ese supuesto proceso de definición personal-profesional.
- Este tipo de trabajos, especialmente accesibles para este grupo de población, suponen la transformación del concepto "oficio" por el de "actividad puntual", que no conlleva experiencia ni aprendizaje. El empleo, más allá del desarrollo de

⁵ Sennett, R (1998). Lema que articula el cambio en las maneras de organización del tiempo de trabajo. El autor cita en el texto unas declaraciones de un ejecutivo de ATT cuya filosofía radica en que "los puestos de trabajo se reemplazan con proyectos y campos de trabajo".

un proyecto de vida, se convierte exclusivamente en una fuente asequible de ingresos sin proyección.

De alguna manera, todos estos elementos plantean una situación radicalmente diferente en la conceptualización del pacto social implícito. Y es así en la medida que la ruptura se traduce en la imposibilidad de que existan garantías previas para la acomodación previsible de un proceso de emancipación, que tenga su base en la estabilización de los pilares del mantenimiento y la definición del largo plazo personal.

A pesar de esta ruptura de hecho, existen una serie de incongruencias en la manera de percibir y afrontar la situación desde todos los sectores, propia de la dificultad de asimilación de un proceso de cambio radical:

- En un contexto laboral fragmentado e inestable, la expectativa de esfuerzo formativo se sigue configurando en base a la hiperespecialización.
- La búsqueda de empleo sigue teniendo como horizonte la consecución de un contrato estable por cuenta ajena. La dificultad de acceso a este tipo de empleos, junto a la realidad del propio funcionamiento empresarial citado, supone un importante aumento de la competitividad.
- En un contexto de expansión cuantitativa y cualitativa de la capacitación juvenil (prolongada en el tiempo para su acomodación al mercado laboral) la adquisición de competitividad diferencial se resuelve mediante una inversión progresivamente mayor en especialización (mayor en tiempo, en ingresos requeridos, etc.). Pueden estar existiendo diferencias sustantivas en la repercusión de este fenómeno entre distintos grupos sociales, de tal manera que entre los jóvenes de clases medias-bajas se reduciría la tendencia-motivación al aumento de la formación especializada diferencial.
- Todo ello mientras que la oferta de empleos a los jóvenes se caracteriza por la baja o nula cualificación que, además, debe permitir la compatibilidad de los estudios y el trabajo.
- El proceso de emancipación se plantea desde los mismos presupuestos, de tal manera que los objetivos necesarios siguen concibiéndose igual: búsqueda de la seguridad en un empleo, que aporte los ingresos necesarios para constituir un

hogar autónomo.

- La idea sobre cuánto suponen "los ingresos necesarios" hay que referirla necesariamente a lo que podríamos llamar el deseo-mito de la movilidad ascendente sin ruptura, compartido tanto por los padres como por los hijos. Tal como se nos ha manifestado en los mismos grupos que sirvieron de base para el informe inicial, para los padres es inconcebible la posibilidad de que sus hijos arranquen en su proceso de emancipación en condiciones inferiores a las que ellos mismos les pueden ofrecer (nivel de bienestar, ingresos y consumo al que están acostumbrados), cosa que ellos manifiestan a través del énfasis en dotarles del máximo nivel de capacitación, que a su vez - desde el esquema previo- debe traducirse en la obtención de un empleo acorde a la inversión formativa. Para los propios hijos, independientemente de las características del empleo o su orientación (frente a las que posiblemente sean más realistas) el proceso de emancipación tiene que garantizar la seguridad que permita mantener el nivel de gasto y consumo conocido.
- En todo caso, parecería que aunque los padres mantengan ese discurso a nivel social, la realidad es que sólo funcionaría como un tipo de justificación añadida hacia el comportamiento de los hijos a pesar de un deseo implícito de que comiencen su andadura autónoma en cualquier caso. La justificación tendría que ver con que son los adultos los que realmente valoran como pérdida la ruptura del pacto social desde en el que han vivido. Para los jóvenes, sin embargo, no existiría añoranza sino quizá un cierto placer en la incertidumbre que correspondería, en todo caso, a una parte de su etapa vital actual.
- La alteración del tipo de pacto plantea la necesidad de creación de un nuevo acuerdo social que requiere de una responsabilización colectiva y de la apertura de canales de participación en la construcción de la realidad futura, aumentando la capacidad de decisión en los asuntos cercanos, en las que tengan cabida los jóvenes no como objetos sino como sujetos activos.

2. Algunos resultados sintomáticos de esta nueva situación.

Desde un punto de vista general la panorámica descrita remite a una serie de aspectos que, desde distintas perspectivas, ayudan a seguir perfilando la situación:

- Una de las más inmediatas manifestaciones es la prolongación de la permanencia en el hogar de la familia de origen, o lo que es lo mismo la ampliación *sine die* del periodo de transición. La adolescencia y la juventud se manifiestan como un continuo de incierta resolución en el tiempo: no se sabe cuándo se producirán las condiciones para la emancipación. En términos de Fernando Conde (2000), el rito de paso se convierte en rito de estancia.
- La prolongación de este período de transición lleva implícita la consideración de que no existe capacidad para asumir responsabilidades, asignadas a la maduración. El requisito de "ser responsable de las propias decisiones" se consolida mucho antes que la perspectiva de ser responsable de la gestión material de la propia vida. De hecho, tal como describe Comas (Megías, E; dir. 2000a), hay un grupo consolidado de jóvenes en este momento que, entre los 23-30 años, se manifiestan de forma diferenciada -al menos en el discurso- en base a tener completada su etapa de maduración personal sin capacidad "de poner en práctica".
- Junto a ello, se institucionaliza la vivencia de la eventualidad como estado vital permanente. Frente a la indeterminación de las perspectivas a largo plazo, la opción es el vivir al día sin pensar en el mañana: el presentismo como valor determinante completa la visión de la posible incongruencia en tomar en consideración la responsabilidad sin perspectiva temporal (algo así como que no es posible que existan repercusiones sin que exista el mañana).
- Aún dentro del hogar familiar, el nivel de ingresos de los jóvenes se ha incrementado de forma considerable mediante la incorporación de aquellos que provienen de las múltiples actividades remuneradas del tipo descrito (Conde, F. 2000). Esta disponibilidad monetaria al alza se destina de forma exclusiva al consumo voraz, que

se resuelve de forma inmediata. El concepto de inversión (futuro) se sustituye por el de gasto (inversión en posicionamiento grupal inmediato). Ingresos para gasto y consumo que no parecen permitir, a pesar de su cuantía, el establecimiento de una vida independiente, ya que su origen es de trabajos inestables y rotatorios que mantienen en la incertidumbre. Esta disponibilidad monetaria permite, por otra parte, que sea posible el gasto y el consumo aún dependiendo de la familia para el resto del mantenimiento, a modo de pacto para la permanencia y la reivindicación del derecho a disfrutar ("yo me lo pago").

- La organización del fin de semana y los espacios-tiempos de ocio se configuran, desde un cierto sentimiento de "culpa" por parte de los padres-adultos, en un ritual de rebelión consentido, en el que, frente a las molestias objetivas, opera una permanente justificación basada en la percepción de incapacidad particular para dar respuesta a un problema que se considera global.

- Desde el punto de vista de los valores sociales, no extrañará por tanto que la familia y la seguridad, en íntima relación, se configuren como los aspectos vitales de mayor importancia para el conjunto de la población. La seguridad como deseo incierto y la familia como soporte básico para conseguirla. Esto, que en principio podría ser esperable para los grupos de mayor edad (a los que por cierto también afecta la vivencia de eventualidad, aunque de diferente manera), se manifiesta en este momento como el acuerdo social más unánime que comparte absolutamente todos los grupos, incluidos los más jóvenes (Megías. E; dir. 2000b). En todo caso, el contenido intrínseco del valor de la familia y el tipo de relaciones que se establecen en esta nueva situación plantea la necesidad de incorporar la unidad familiar como unidad fundamental de análisis para este tipo de planteamientos.

- Junto a los dos anteriores y vinculados a ellos, los valores predominantes son el individualismo, la competitividad, y, para los jóvenes, el consumismo (perdidas todas las posibles connotaciones peyorativas) y el presentismo. Más allá de planteamientos postmodernos, parece que la

sociedad española asume valores terriblemente "primarios", en términos de necesidades estructurales básicas.

- En todo este proceso, sin embargo, existen ritmos diferentes. Es mucho más agudo para los jóvenes de clases medias-bajas, con lo que ello representa de riesgo en futuros procesos de dualización y desintegración social: los diferentes ritmos y oportunidades, en la medida que mantienen proyectos vitales más descontextualizados, incapacita para la participación social, más aún cuando las nuevas condiciones laborales puedan llevar aparejada la pérdida de los derechos laborales y sociales.

3. Dos aspectos de especial relevancia: el tiempo y las relaciones interpersonales.

En "Atrapado en el tiempo" (Groundhog Day, Harold Ramis 1993), Phil es un brillante reportero de televisión enviado a cubrir la celebración del ritual del día de la Mamorta en una pequeña localidad de la que espera salir cuanto antes: es un profesional con futuro que no debe perder el tiempo en cuestiones irrelevantes, menos aún en un inmundo pueblo donde no se "cuece" nada. Una tormenta de nieve deja al equipo incomunicado en la localidad, en la que tendrán que pernoctar, al menos esa noche.

A la mañana siguiente, Phil despierta con la extraña sensación de que le ocurren las mismas cosas que el día anterior: la radio-despertador le despierta con las mismas noticias, tropieza en el mismo escalón, la camarera del hotel le saluda con las mismas palabras, se encuentra con el mismo antiguo amigo en la calle y la Marmota vuelve a salir; la misma noche, la misma tormenta de nieve... a la mañana siguiente todo vuelve a ser de nuevo el mismo día, y así ocurre en los ¿días? sucesivos. Y él es un hombre ocupado que no puede perder tiempo, hasta que descubre que no le queda más remedio que asimilar la situación, porque el tiempo no pasa (o al menos eso parece). Es entonces cuando encuentra el argumento que le permite seguirse levantando, e incluso disfrutar de su nueva situación: si el tiempo no pasa, mañana no existe; cualquier cosa que haga no

tendrá repercusiones, porque cuando vuelva a despertar estará de nuevo en el punto de partida. Puede ensayar cualquier tipo de comportamiento, de respuestas y conversaciones, fórmula que utiliza para conquistar a su compañera en la que hasta ese momento no se había fijado; puede incluso delinquir, hasta encontrar en cada acto la conclusión (inmediata) más satisfactoria. Parecería como si, para el colectivo de adolescentes y jóvenes del que estamos hablando, la conceptualización del tiempo tuviera algo que ver con esta ficción: el tiempo, al menos una parte de él, se vive como si estuviera congelado. En el conflicto entre el corto y el largo plazo, el período de transición en que se encuentran podría ser infinito, sin que haya un horizonte de futuro claro que, como tal, queda congelado tanto en la orientación-dirección como en el la cantidad de tiempo que va a suponer. En este contexto, el estilo de vida que se configura tiene dos referentes fundamentales: la ocupación del tiempo y el establecimiento de vínculos, ambos determinados por el consumo en términos de inmediatez.

Respecto a la ocupación del tiempo, se establece una disociación absoluta entre las vivencias de los días de diario y el "finde", hasta el punto que, tal como reflejan ya muchos estudios, se configuran como tiempos absolutamente independientes sin aparente vinculación (Elzo, 1994; Comas, 1995; Rodríguez, 1995; Conde, 2000...).

El diario (de lunes a jueves) es el tiempo que remite y permanece en las rutinas de las obligaciones necesarias para el futuro. Rutinas que, por otra parte y en la medida que se prolonga el proceso, tienden a perder sentido si no a desaparecer. La conceptualización de este tiempo se mantiene dentro de las pautas de las responsabilidades, que vendrían determinadas por el pacto implícito (al menos formalmente). Se define en base a las tareas asignadas por los estudios o trabajos; se tiene que llegar a casa dentro de un horario, etc.

En la priorización de valores de los grupos de jóvenes (Megías. E; dir. 2000b), de hecho, esta separación se produce absolutamente hasta el punto de que los valores fundamentales se refieren a la consecución de los resultados del

pacto (en definitiva a la integración) orientados al futuro, mientras que en la alusión al presente, las prioridades responden a otros parámetros, fundamentalmente vivir al día sin pensar en la mañana ... (en definitiva, el presentismo).

Por ello, el fin de semana se convierte en un tiempo propio (lo actual), en base a esos otros parámetros, y que tiene los matices de un sueño. Las pautas siguen siendo rutinas, pero que llenan de contenido las expectativas de expresión e identificación personales, a través del consumo simbólico, desde lo inmediato que no tiene repercusiones.

Ese sueño, en el que no pasa el tiempo, que se puede repetir -infinitamente por tanto- semana tras semana, es del que se despierta cada lunes y, en definitiva, cuando llegado un momento en la vida te das cuenta de que ya no eres un crío (idea que también aparece repetidamente en los estudios realizados). Despertar del sueño es como recuperar el tiempo, entrar en contacto con la realidad, como si todo lo realizado hasta ese momento, o en esos momentos fuera realmente ficción. Sin embargo, como anhelo, representa el tiempo propio por excelencia al que se trasladan los elementos más identificativos de su maneras de ser, y que se traducen en tipos concretos de consumo.

Igual que en la película ese tiempo "irreal", congelado, remite a los actos sin repercusiones. Tópicos como "desparramar", "romper"... pueden interpretarse desde esta perspectiva: se ensayan todo tipo de comportamientos que no implican responsabilidad porque no se concretan en nada. Las repeticiones rituales, ir a los mismos sitios, encontrarse con las mismas personas, hacer lo mismo, es la reexperimentación de lo conocido (da seguridad, aunque acabe cansando), sobre lo que, sin embargo, se espera y desea la posibilidad de que ocurra algo nuevo.

Frente a la expresión "el tiempo es oro" (que habría que saber gestionar e invertir adecuadamente, que no se puede perder), el tiempo congelado se debe "agotar" en sí mismo. Desde la perspectiva de la dimensión inmediata de ese concepto del tiempo, en cualquier caso, es necesario llenarlo al máximo (igual que para el resto de la población "es un pecado" no hacer

nada"), sólo que si para los jóvenes estar en casa como sus padres es "no hacer nada", para los padres estar toda la noche como pingüinos es también "no hacer nada".

La idea es que el concepto sobre lo que llena el tiempo se refiere al propio concepto del tiempo y al significado que el consumo tiene para este grupo de edad. Valga resaltar, siquiera como anotación, que -tal como analiza Conde- el consumo es para los más jóvenes el estado natural en el que han crecido y su principal referente de expresión⁶. De tal manera que, ligado con lo anterior, es el propio acto de consumo, que se agota en sí mismo, lo que tiene valor frente al objeto concreto. El tiempo se organiza como tiempo de consumo, de objetos para las relaciones y de las relaciones en sí mismas, de tal manera que los vínculos se romperían mediante su consumo.

El consumo identifica y distingue, en la medida que implica gasto inmediato y proyecta elementos simbólicos que definen vicaria y gregariamente a la persona. Y ese tipo de consumo, ese fin en definitiva, es coherente con los parámetros temporales que se han expresado. El objeto de consumo pasa rápidamente, y la satisfacción remite a la necesidad de seguir consumiendo (igual que se consume el tiempo).

El otro gran referente son las relaciones y vínculos interpersonales, que se establecen y perciben de forma coherente al análisis del tiempo y el consumo.

Las relaciones de verdad, regidas por la intercomunicación, siguen correspondiendo al tiempo del pacto. Lo que hay que hablar se habla entre semana y el fin de semana no se sale para hablar con los amigos (Rodríguez, 1995; Rodríguez y Megías, 1999). A pesar de la posible fragilidad de las relaciones, en estos momentos condicionadas por la competitividad y el individualismo del "sálvese quien pueda".

Sin embargo, e independientemente de lo anterior, las relaciones del fin de semana son relaciones que se buscan pero de las que no se espera

compromiso⁷, que pueden repetirse y ensayarse indefinidamente, y de hecho se repiten cada semana, que se basan en la coincidencia o premeditación de encuentros en torno a los consumos simbólicos (que determinan los sitios a los que ir, la música que se escucha, la ropa que se lleva, etc.). Como también se refleja en los diferentes estudios, estos encuentros remiten a lo visual y superficial, a lo que los objetos entre los que te mueves dicen de ti, sin necesidad de que tengas que presentarte de otra manera. No sabemos mucho, en cualquier caso, de este aspecto. Por un lado esto podría no ser más que una parte de la dinámica general marcada, en todo caso, por lo que en palabras de Javier Elzo respondería al solipsismo grupal (estar en grupo estando solos), ya que tampoco parece que las relaciones entre otros grupos de edad impliquen mayor compromiso. Sin embargo, para los jóvenes la amistad sigue siendo un valor importante mientras que para los adultos es una posibilidad definitivamente descartada, en la medida que no concuerda con el resto de valores predominantes (Megías, E; dir. 2000b), lo que nos obliga también a adentrarnos en la comprensión de unos nuevos vínculos, que se definirían a partir de situaciones y contextos radicalmente diferentes a los conocidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, I.E. (1999). "Trabajo y ciudadanía". Trotta.
- Comas, D. (1990). "Los jóvenes y las drogas desde la perspectiva de los años noventa". INJUVE, Madrid.
- Conde, F. (2000) "Los hijos de la des-regulación. Jóvenes, usos y abusos en los consumos de drogas." CREFAT.
- Elzo, J; Elorza, MA; Laespada, MT. (1994). "Alcoholismo juvenil: reflexiones y sugerencias de actuación ante una realidad contrastada". Universidad de Deusto.
- Elzo, J. (1998). "Jóvenes, "noche" y diversión: una interpretación sociológica". Misión Joven 258-259, 5-6.
- Elzo, J; Orzo, F.J; González-Anleo, J; González Blasco, P; Laespada, MT; Salazar, L. (1999). "Jóvenes Españoles 99". Fundación SM, Madrid.

⁶ De hecho, frente a los matices peyorativos que el término "consumista" ha acumulado para el conjunto de la sociedad adulta, para los jóvenes es un parámetro de identificación neutro (Megías E, dir. 2000b)

⁷ En muchos de los grupos realizados se explica como las salidas del fin de semana sirven para encontrarse con gente diferente; en muchos casos no se sale con "los amigos" (que son los de la semana, que te conocen y con quien compartes inquietudes...).

Megías, E; dir (2000a) "La percepción social de los problemas de drogas en España". FAD.

Megías, E; dir. (2000b) "Los valores de la sociedad española y su relación con las drogas". Fundación La Caixa.

Rodríguez, E (1995) "Actitudes de los adolescentes de Castilla-La Mancha ante las drogas". Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo.

Rodríguez, E; Megías, I. (1999) "Estructura y funcionalidad de las formas de